

—Sólo tú pudieras convencer á ese estuco.  
 —Eres injusto con ella, porque no es mala.  
 —Pues sin ser mala, ha robado á sus hijos un padre y ha perdido un esposo demasiado noble.  
 Luisa nada respondió; rompió de nuevo en llanto, y poco después sólo se oía el vago rumor de las auras que besaban á las flores en aquella bella noche de Mayo, el ruido producido por las ruedas del carruaje, y el eco alegre de una canción de caza que silbaba Isidoro para distraer el mal humor que le dominaba, al recordar que había perdido, quizá para siempre, al hermano de Luisa, que era al mismo tiempo su mejor, más constante y más antiguo amigo.

FIN DE LA PARTE PRIMERA

## PARTE SEGUNDA

### EL ALMA HERIDA

Bienaventurada el alma que oye al Señor, que le habla, y de su boca recibe palabras de consolación.

.....  
 Bienaventurados los oídos que no escuchan la voz que oyen de fuera, sino la verdad que enseña dentro.

.....  
 Sufre á lo menos con paciencia, si no puedes con alegría.

IMITACIÓN DE JESUCRISTO.

#### I

#### UNA MADRE JOVEN

Cinco años habían pasado desde la partida de Andrés Miranda, cuando en una noche del mes de Enero tenía lugar un brillante baile en la casa que habitaba la familia de aquél.

Ya no vivía en la calle de las Infantas, sino en la de Atocha y en un hermoso edificio, elegante y sencillo á la vez.

Tula de Miranda, que era como se llamaba á la

esposa del antiguo Agente de Bolsa desde que se había hecho por completo mujer de moda, recibía á sus amigos, que eran muy pocos; á sus aduladores, que eran muchos, y á sus enemigos, que eran infinitos.

Ya no era la Gertrudis que rezaba de cuando en cuando, que leía algunos ratos y que salía poco de su casa. Era una hermosa mujer, bella, elegante, despreocupada, coqueta, nerviosa é impresionable, y al mismo tiempo lánguida y delicada, que estaba sin cesar haciendo mimos y dengues. Era el tipo empalagoso de la mujer sin corazón, que se hace continuamente la sentimental. Conjunto raro de falsa dulzura y de despegada altivez; ente que reúne todos los afeites de la cortesana, los caprichos de un niño mimado y las coqueterías vulgares de la colegiala sin talento y sin mundo; reina absoluta para su familia; inquisidor para sus criados; maniquí para los necios y manantial inagotable para los petardistas y aduladores. Mujer que no merece el nombre de tal, porque no siente, porque no piensa; que va á la ópera y se duerme; que oye un drama mirando los vestidos que han estrenado sus émulas; que bosteza cuando se muere la heroína y come pastillas perfumadas cuando lloran los demás espectadores. Mujer que no sabe ya cómo se toma un libro, que en su vida ha manejado una aguja y que escribe esquelas á su modista poniendo *querida* con *g*, y la *aguardo* con *j*.

Tal era Tula, ó *Tulita*, como la llamaban sus amigos más queridos; es decir, los que iban á comer dos días por semana á su mesa y á tomar café diariamente con ella; éstos eran los mismos que le llevaban al teatro los gemelos y el ramillete; los que le ponían y quitaban el abrigo que cubría sus blancos hombros, y le acercaban la banqueta ó el almohadón que ella tenía en su palco para poner cómodamente los pies.

No hay que pensar, sin embargo, que Tula ó Tulita tuviese amantes, porque esta clase de mujeres, muñecas ó autómatas, ni aun para esto valen.

Su culto es el *yo*; y por la más misteriosa y encantadora cita, ni se levantarían un cuarto de hora más temprano, ni se acostarían un cuarto de hora más tarde.

Tulita era mujer á la moda, porque tenía abonos en los teatros, buenos carruajes, excelente mesa, gran casa, numerosos criados y muchos y suntuosos trajes y por las mismas razones que era mujer á la moda, la rodeaba siempre una nube de esos parásitos y gorristas de ambos sexos, que sólo se acercan adonde hay algo que utilizar.

En la noche del baile, el salón estaba brillante de luz, de pedrerías y de joyas; una guirnalda de hermosas mujeres le guarnecía, ostentando sedas, plumas, encajes, diamantes y flores.

Sin embargo, la más obsequiada, la adornada con más gusto, y, forzoso es decirlo, la más her-

mosa era Tulita, á pesar de sus treinta y cinco años bien cumplidos.

Llevaba un traje de seda azul de china, su color favorito, y sobre éste otro de crespón blanco, que decía maravillosamente con sus cabellos de un rubio dorado y vaporoso; un soberbio aderezo de brillantes realzaba su belleza, algo lánguida y fría, pero más aristocrática por esto mismo.

Sentada en un diván de damasco blanco y rosa, que era el color de la tapicería del salón, mecía su pequeño pie, calzado de raso blanco.

Tenía cogida de la mano á una niña como de nueve años, que era un ángel de belleza y de gracia. Aquella criatura parecía vestida por las manos de algún hada para realzar su exquisita y delicada hermosura.

Era Elvira, la hija menor y la favorita de su madre. Llevaba un traje de tul rosa sobre uno de seda de igual color; sus espesos cabellos negros bajaban partidos por una raya en medio de la frente, hechos sedosos y gruesos tirabuzones, hasta tocar el escote muy bajo de su vestido; éste, que apenas tenía mangas, dejaba ver sus brazos satinados y redondos, y en cada uno de sus hombros se veía una rosa con follaje.

Una guirnalda de las mismas flores recogía la túnica de la niña por un lado, y aquel matiz subido y fresco hacía resaltar el negro de azabache de los ojos, cejas y pestañas de aquella criatura.

Nada más seductor que el contraste que for-

maban madre é hija: aquélla, blanca, rubia, vaporosa; ésta, trigueña, rosada, de negros ojos y cabellera de ébano; pero este mismo contraste dejaba adivinar fácilmente que la morena niña imperaba sobre la blanca madre del modo más supremo.

Un poco más lejos, y sentado en un ángulo del salón, había un hermoso adolescente, que no pasaría de los diez y siete años. En aquel joven, ó mejor dicho, en aquel niño, se advertía una mezcla rara de dureza y sensibilidad, de osadía y de dulzura. El fuego de su edad y de una naturaleza rica y exuberante de vida, ardía en sus ojos pardos, rasgados y brillantes como el acero bruñido.

Estaba vestido con gran riqueza, esmero y elegancia, con un traje negro de sociedad; su frac, de exquisito paño de Sedán, marcaba admirablemente su talle redondo y fino como el de una joven; su pantalón negro caía sobre un pie pequeño y calzado con media de seda y zapato bajo de charol, adornado de una diminuta hebilla de oro cincelado; su chaleco negro, de satén, se escotaba un poco sobre una camisa admirable por su riqueza y sencillez, y cerrada en el pecho por dos perlas engastadas con el gusto más delicado; en fin, una corbata blanca, de batista, hacía resaltar la palidez trigueña de su cara, la perfección varonil de sus facciones y el fuego de sus grandes ojos.

A la par de su belleza fuerte y osada, había en aquel adolescente otra hermosura delicada, tier-

na, suave, por decirlo así; su boca era encarnada como la flor del granado, y su labio inferior, algo grueso; demostraba infinita bondad; sus largas pestañas decían bien claro cuánta sensibilidad encerraba en su alma, en tanto que un leve pliegue formado entre sus sedosas cejas, que partían una frente elevada y noble, atestiguaba la profundidad de su pensamiento.

Sentada junto á este joven se hallaba una niña que aparentaba once años, de fisonomía dulce, suave como la de un ángel. Ya la conocemos, pues era María. María, rubia, blanca, rosada, graciosa, de talla esbelta y elegante para su edad, con su cuello de cisne, sus ojos de cielo, sus copiosos rizos dorados, su boca de rosa y nácar. María, hermosa como niña, y que prometía ser una mujer celestial.

Sobre un traje de seda, blanco, llevaba otro de gasa de seda, blanco también, y sujeto con un largo y ancho cinturón azul, de moaré; dos rosas blancas, medio perdidas entre sus rubios bucles, eran todo su adorno, y su garganta estaba ceñida de un doble cordón de menudas perlas.

Llevaba botitas de raso blanco con lazos de blonda encima, que dejaban ver una media de seda blanca y el encaje de un pantalón ancho y gracioso; sus manos, tan pequeñas y de tan delicada forma como sus pies, estaban encerradas en unos guantes largos, y entre éstos y las blondas que guarnecían las mangas del vestido, podía

admirarse un brazo encantador y más blanco que las nubes de seda que le adornaban.

La niña parecía triste y preocupada.

Su primo—pues ya habrán reconocido á Alberto mis lectores—estaba impaciente é inquieto.

—¡Cinco meses ya!—dijo María, siguiendo al parecer una conversación empezada.—¡Cinco meses sin saber nada de mi pobre papá! ¿Qué habrá sido de él?

—¿Qué ha de ser? Nada—respondió Alberto; —ya sabes que hace viajes al centro de América, y quizá estará en alguno ahora.

—¡Ay, sí! ¡Y tal vez habrá muerto en medio de esos horribles desiertos!—dijo María, que no pudo contener dos lágrimas.

—Vamos, querida mía, ¿á qué afligirte así?—preguntó cariñosamente Alberto á su prima.—Tú que eres tan buena y angelical, que rezas todos los días á la Virgen, ¿no tienes fe y esperanza?

—¡No, Alberto! ¡Hace ya muchos días que llorando y pensando en mi padre me duermo, y así que me despierto vuelvo á llorar! ¡Temo haberle perdido para siempre!

—Pero ¿cómo es que tu madre, mi señora tía, está tan consolada? ¡Vamos, grima da ver esto!—dijo Alberto, que había heredado la impetuosidad de su padre.

—¡Qué quieres! ¡Eso va en genios!—respondió suavemente María;—quizá yo me aflijo sin motivo... Luego, como mamá es joven...

—¡Sí, sí! ¡Una madre joven en toda la acepción de la palabra... es decir, coqueta, casquivana, necia!

—¡Por Dios, Alberto, que es mi madre!—murmuró dulcemente María.

—Ya lo sé, y por eso no digo más... Pero sería mejor que mi señora tía imitase á su amiga de infancia, á mi madre, que no es más vieja que ella, pero que es, sin embargo, más digna y más ejemplar.

—¡Tampoco hoy ha querido venir á nuestro baile!

—¡Claro está! Me dijo: «Ve, hijo mío, y luego tú me contarás cómo estuvo. ¿No son míos tus hermosos ojos? Pues préstamelos para ese baile.»

—¿Y qué se hace sola en casa?

—Coser, bordar, leer y rezar, como tú; á una mujer como mi madre nunca le falta en qué entretenerse, y no se aburre jamás; tiene bastantes recursos en sí misma.

—¿Y sigue siempre tan triste?

—Sí, querida María; desde que tu padre se marchó, ni he visto nunca alegre á mi madre, ni la he visto con otro traje que con su hábito de la Soledad.

—Como mi aya.

Alberto se estremeció al oír las últimas palabras de su prima, y luego un subido carmín vistió sus mejillas; María, sin advertirlo, prosiguió:

—Y mi tío, ¿por qué no ha venido?

—¿Por qué? ¿Pues no sabes ya que no puede sufrir á tu madre?

—¡Pues, hijo, no es tampoco muy formal tu papá que digamos!—repuso María herida en su amor de hija.

—Por lo mismo, le gustan las mujeres que lo son... y otro tanto me pasa á mí; tengo la cabeza á la jineta, como él me dice; pero no me casaré más que con una mujer que se asemeje á mi buena y santa madre.

Una dama llamó entonces con una seña á María, para darle un beso; Alberto siguió á su prima con los ojos, y en aquella mirada brillaba un afecto profundo, tierno y apasionado.

Cuando ya vió á María junto á la señora que la había llamado, se levantó, cruzó la sala y salió de ella, mirando en torno suyo con recelo y con paso precipitado y vacilante.

Atravesó la antecámara, salió á un corredor que llenaba una fila de lacayos de gran librea, y pasó por el comedor, donde estaban puestas con extraordinaria suntuosidad las mesas para el bufet.

Frente á la puerta por la que Alberto había entrado, había otra cerrada con pestillo solamente.

El joven llamó á ella, y una dulce voz dijo desde adentro:

—Adelante.

Alberto levantó el pestillo con trémula mano, y entró.

## II

## EL PRIMER AMOR

Alberto se detuvo cortado y confuso á la puerta del aposento; y aprovechándonos de su turbación, nosotros, lectores míos, podemos examinarlo.

Era una salita cuadrada, amueblada sencilla, pero elegantemente; las colgaduras eran de seda y lana de modesta tela, pero de graciosa amplitud, que se recogía en grandes pliegues.

La sillería era cómoda y elegante; una consola de palo santo sostenía un espejo ovalado, y algunos sillones pequeños estaban diseminados por la estancia.

En su centro había un velador redondo de palo santo, y sobre él una labor de tapicería empezada.

Sentada en un silloncito junto al velador se hallaba una joven, á quien ya conocemos: era Mundeta; sus veintidós años eran más bellos que sus diez y siete, porque el dolor y el sufrimiento habían dado á sus puras facciones una expresión sublime.

¡Cuánto había padecido la desdichada joven al lado de la orgullosa y despejada Gertrudis! ¡Cuántas humillaciones había devorado! Pero allí estaban las hijas de Andrés que necesitaban de sus cuidados, y á las que ella había ofrecido no abandonar jamás.

Mundeta vestía con una sencillez muy parecida á la austeridad; su hábito negro de Dolores era liso y humilde, y el cuerpo alto estaba cerrado en el pecho con botones de seda, negros también; un cuello liso y pequeño, y unas mangas iguales con puño doblado, era lo único que animaba su sombrío traje.

Toda la suavidad, toda la belleza, toda la gracia que se advertía en ella eran de ella misma, sin deber nada á su atavío y adorno; largas y gruesas trenzas de cabellos castaños partían de sus sienes y bajaban hasta el nacimiento de su torneado cuello, blanco como el marfil; sus mejillas estaban cubiertas de palidez; pero no de una palidez enfermiza y amarillenta, sino de ese suave y quebrado color que vierten sobre el semblante los dolores del alma y las vigiliás del cuerpo.

Sus grandes y hermosos ojos negros estaban llenos de ternura y de sensibilidad; su boca era pequeña, dulce y triste, y había cambiado su acarminado color por el matiz del coral rosa; su nariz era pequeña, recta y delicada, y en su delgado talle había algo de la gracia sencilla y púdica de la verde caña que la brisa mueve á orillas del agua del lago.

Al ruido que hizo Alberto para llamar, había dejado el libro que leía sobre su falda, y cuando entró, volvió hacia él su peregrina cabeza.

El joven permanecía junto á la puerta, turbado y confuso.

Toda la osadía que poco antes lucía en sus ojos había desaparecido, y ahora los tenía fijos en el suelo.

La voz de Mundeta le sacó de su distracción, diciéndole:

—Adelante, Alberto.

Entonces dió dos pasos y se halló cerca de la joven, que le señaló una silla.

—¿Cómo es que deja usted el baile?—le preguntó ésta;—dicen que está muy brillante.

—¡Sin embargo, usted no está en él!—respondió Alberto con voz baja y temblorosa.

Mundeta no respondió nada, y empezó á dar vueltas entre sus dedos al estambre enhebrado en su aguja de tapicería; la joven, si bien era maestra en lo que toca á dolores, era muy inocente en todo lo demás; niña inexperta había entrado en aquella casa, y aquella casa había sido para ella una clausura, en la cual á nada más que á sufrir había aprendido.

Alberto, alentado por su silencio, prosiguió:

—¡Me aburría en el salón sin usted, Mundeta!... Deseaba verla... deseaba hablarla.

—Me alegró mucho entonces de ver á usted aquí—respondió la joven con la calma de la inocencia.—Hábleme usted con toda franqueza; confíeme sus secretos. Mi madre—añadió con una sonrisa—duerme en la alcoba desde hace rato, y su sueño es tan profundo, que nuestras voces no la despertarán.

Mundeta calló esperando las palabras del joven, pero en vano; éste, trémulo, aturdido, la miraba fascinado y no sabía qué decir.

—Vamos, ¿quiere usted contarme sus amorcillos?—dijo el aya sonriendo;—hable usted, le escucharé trabajando.

Y al decir estas palabras, tendió la mano hacia la tapicería que estaba sobre el velador, y se puso á trabajar en ella.

—Señorita—exclamó Alberto haciendo un desesperado esfuerzo para dominar su turbación;—Mundeta más bien, puesto que usted me ha dado permiso para que la llame así y ha consentido en llamarme Alberto... Mundeta, sepa usted que yo...

Y la voz expiró de nuevo en la garganta del adolescente.

—Pero, amigo mío, ¿por qué no prosigue usted?—preguntó el aya admirada.

—Pues bien, voy á continuar: ¡Quiero decirle que cuando mi tía quiso casar á usted con aquel médico, pensé morir de pena!

—¿Y por qué?

—Yo no sé... Pero quería matarle á él y después matarme yo... Luego, cuando oí decir que usted rehusaba, me volvía loco de alegría... Cantaba, bailaba... ¿Se casará usted con otro, Mundeta?

—¡Jamás!—respondió ésta con un tono de convicción profunda.—¡Jamás me casaré, Alberto!

—¡Oh, qué felicidad!—exclamó el joven unien-

do las manos con tan radiosa expresión de júbilo, que el aya le miró absorta.

—Pero—exclamó ella,—¿qué puede importar á usted que yo me case ó no?

—¿Qué puede importarme? ¡Oh, yo aseguro á usted que mataría al que fuera su marido!, ya se lo he dicho.

—¿Por qué?

—¡Porque yo la amo á usted, Mundeta! ¡Sí, yo creo que es amor esto que usted me inspira! ¡Porque yo sólo deseo verla, oirla... Sueño con usted todas las noches; su imagen vaga sin cesar ante mis ojos... La veo en todas partes, en los teatros, en los paseos, en los bailes, en la iglesia! La veo siempre bella, pura, triste y doliente..., y me digo á mí mismo: ¿Qué tendrá? ¿Por qué estará tan melancólica?

—Niño—respondió el aya con voz grave y triste,—no quiera usted profundizar las llagas de mi corazón; después de Dios y de mí, sólo dos personas las conocen... La una tal vez ha muerto ya...

La voz de la joven fué ahogada por el llanto; se acordaba de Andrés, ó más bien, pensaba en que tal vez no existía ya, pues su imagen estaba grabada en su alma con imborrables caracteres.

—Y la otra persona que conoce las penas de usted, ¿quién es?—preguntó Alberto con su impetuosa natural y con una ansiedad indecible.

—¡Su madre de usted!—respondió Mundeta con voz que aún temblaba de emoción y dolor.

El joven guardó silencio durante algunos instantes; pero después alzó hasta el aya sus ojos suplicantes, y le dijo con voz lenta y triste:

—Mundeta, yo no sé si hago mal en amar á usted tanto; pero es la verdad que la quiero con toda la fuerza de mi corazón; es la verdad que es usted la primera mujer á quien he dicho estas cosas..., la primera á quien he profesado este culto, esta ciega idolatría que ha ido creciendo conmigo.

—¿Qué es el amor del hombre?—murmuró la joven como hablando consigo misma.—¡Lo que fué el suyo! Flor de primavera que deshojan los primeros vientos. Niño, á quien tanto quiero, á quien tanto siento causar un involuntario martirio: ese primer amor, de que yo soy el inmerecido objeto; pasará... ¡pasará muy pronto, sin dejar en el alma rastro ninguno!

—¡Ojalá!—balbuceó Alberto;—pero, Mundeta, querida Mundeta, ¡no me llame usted niño, por Dios! ¡Lo que más me atormenta es serlo! ¡Quisiera vivir sólo la mitad de los años que Dios me tiene destinados, á cambio de tener ahora veinticinco para poder casarme con usted!

—Ese es el deseo de todos los pollos que empiezan á cacarear—dijo en la puerta una voz gruesa, varonil y bastante burlona.

Alberto se levantó, se volvió atónito, confuso, rojo como una amapola, y se halló cara á cara



con su padre, que se iba acercando á él con la risa en los labios.

Mundeta se volvió también sorprendida y ruborizada; el alegre Alvareda miró á los dos, y luego se sentó con mucha comodidad en el sitio que había ocupado su hijo, sin dejar su sonrisa socarrona, en la cual había, sin embargo, mucho de paternal.

### III

#### EL ROBLE Y LA HIEDRA

Isidoro de Alvareda no se diferenciaba gran cosa de como era cuando le conocimos cinco años ha: estaba más flaco, más anguloso, más moreno; parecía más alto, por la misma razón de haber perdido carnes; había alguna arruga en su cara, tostada, expresiva, como la de un árabe; pero su viveza y su franca petulancia eran las mismas que en sus años mejores, y las mismas que le habían de acompañar al sepulcro.

Conociase que aquel hombre estaba dotado de gran fuerza de voluntad y de gran fuerza de acción; que nadie podía ofenderle sin quedar pronta y cruelmente castigado, y que podía prestar, así moral como materialmente, un apoyo seguro y formidable á quien lo implorase de su valor y de su fuerza.

Su traje era, como siempre, de gran valor, pero

descuidado; llevaba la corbata anudada con negligencia, y el cabello, que era muy espeso y que empezaba á encanecer hacia las sienes, alisado sin pretensión de ninguna especie.

Un gabán bronceado, muy ancho y bastante largo, envolvía su cuerpo enjuto y fuerte; un pantalón negro y bastante holgado caía sobre su pie, estrecho y fino, pero algo largo, y que armonizaba con su gran estatura.

No bien se sentó en el sillón que acababa de dejar Alberto, cruzó una pierna sobre otra, y se puso á mirar á éste con su socarrona sonrisa; luego, volviéndose á la joven, le dijo:

—Querida niña, me ha de perdonar usted esta brusca entrada, que de seguro no me perdonaría su señora madre, á quien asusto siempre; pasaba por el comedor para ir al gabinete del tresillo y de fumar, y quise entrar á saludarla; entonces oí á mi hijo decir que desearía tener algunos años más para casarse con usted, y no pude menos de reirme con tan descabellada idea.

—¡Señor de Alvareda!—tartamudeó Mundeta, roja como la grana.

—¡Oh, querida mía! No hay que entender mal lo que yo diga, porque entonces estamos perdidos—repuso Isidoro.—Usted no me conoce aún bastante para comprender mi genio. Ha de saber usted que yo digo siempre cuanto se me ocurre, lo cual podrá ser muy poco conveniente, pero es muy cómodo; y lo hago así, porque me hallo con

el valor necesario para sostener lo que digo, por lo mismo que digo siempre la verdad. Voy, pues, á sostener lo que ahora he dicho: me ha dado risa lo que este niño desea..., es decir, me ha dado risa que piense en casarse.

Aquí Alvareda volvió á reirse de tan buena gana, que entonces fué la frente de Alberto la que se cubrió de carmín; pero era tal el respeto que profesaba á su padre, que no se atrevió á decir ni una palabra.

—Vamos, vamos, no hay que apurarse—continuó Alvareda.—¿Quién no se ríe al oír á esta criatura? Pero merece excusa, porque yo y todos los hombres del mundo hemos hecho lo mismo á su edad. Lo que siente por usted, querida Mundeta, es ese primer amor que los adolescentes sienten por una mujer que les dobla la edad; todos se prendan de la belleza que más años les lleva, y aún es una ventaja para mi hijo el que usted se halle en la mejor época de la juventud, y el que sea buena, pura y modesta.

—Luego, padre mío, ¿usted aprueba el que yo la ame?—exclamó Alberto, tomando con efusión la mano de su padre;—luego ¿será posible que un día se una mi destino al de Mundeta?

—¡No!—respondió la joven;—¡repito, amigo mío, que eso no sucederá jamás!

—¡No!—respondió Alvareda;—desecha, hijo mío, vanas esperanzas; esta joven nunca será tu esposa.

—Pero ¿por qué? ¡Yo alcanzaré posición, fortuna...; yo estudiaré, trabajaré..., seré digno de ella!

—Desecha vanas esperanzas—repitió Alvareda, cuyo semblante se vistió de una melancolía tanto más elocuente cuanto era más desusada en él;—déjalas tranquilas en el fondo de tu alma, que ellas se disiparán como las nieblas de la mañana á los rayos del sol. Tu amor por Mundeta pasará, como pasa el de los jóvenes de tu edad; es verdad que ella vale tanto, que siempre la recordarás con un placer mezclado de ternura; pero la querrás como á una hermana, y no como á la futura compañera de tu vida.

—¡Pluguiese al cielo!—murmuró el adolescente, inclinando sobre el pecho la cabeza.

—Este es el amor de los sentidos—prosiguió Alvareda,—ó más bien, esto no es amor; es esa impresión que la belleza causa en los jóvenes, esa impresión que hace bullir su sangre, arder su cerebro y palpar su corazón; esa embriaguez del niño que empieza á ser hombre, y á quien el prestigio de la mujer hermosa hace adivinar las celestes dichas del amor y la felicidad de ser amado. Tu amor primero pasará, hijo mío, y luego vendrá el segundo, el de la cabeza.

—¡Ah, padre mío, cuánto te engañas!—exclamó el joven.—A ti, que has obrado como amigo al conocer el estado de mi alma; que lejos de juzgarme con severidad te has dolido de mi desgracia;

á ti, que desde hoy te has conquistado tantos derechos sobre mi afecto y confianza, debo mostrarte el estado de mi corazón: creo que jamás amaré á otra mujer que á Mundeta.

—Crees, pues, un error que en breve se disipará; tu amor segundo te hará olvidar el primero, y éste no tardará en llegar; éste será el de la cabeza, el de la vanidad; y para que llegue antes, vas á salir mañana para París.

—¡Gracias, caballero!—dijo Mundeta.—Hace ya más de dos meses que veo lo que sufre Alberto, aunque no sabía la causa de su pena, y le agradezco con toda la efusión de mi alma que lo separe de mí.

En tanto que la joven aya hablaba de esta suerte, Alberto había quedado anonadado con el anuncio de su viaje; al oír decir á su padre que debía salir para París, esa ciudad de oro que todos los jóvenes ven entre nubes de azul y rosa, sintió oprimirse su corazón como si le prensase una mano de hierro. Su primer pensamiento fué que iba á separarse de Mundeta; pero éste fué dominado muy en breve por el dolor de separarse de su prima María.

Aquella niña era el ángel bueno de Alberto; demasiado reflexiva para su edad, tierna como una paloma, indulgente como un ángel, cariñosa y dotada de las gracias más adorables, Alberto, quizá sin saberlo, la asociaba á todas sus penas, á todas sus alegrías; pero había la diferencia de que

le ocultaba aquéllas y siempre le hacía partícipe de éstas.

El joven era para su prima el mismo Alberto, bueno, condescendiente, galante y generoso, que en el jardín de la Florida le daba lección cada tarde y le iba á buscar flores.

Muchas veces había abierto María una caja en presencia de su primo, y le había enseñado en su fondo una rosa amarilla, ya seca; era aquella misma rosa que había originado una cuestión entre los dos primos, y que los dos, asidos de la mano, habían ido á buscar.

—¿Para qué la guardas?—le preguntaba un día Alberto.

—No lo sé—respondió María;—sólo puedo decirte que no me resuelvo á separarla de mí.

Podía decirse que Gertrudis y su pequeña hija Elvira formaban una sociedad aparte, ó mejor dicho, en común con la sociedad superficial y brillante que las rodeaba; y que Mundeta, María y Alberto formaban una colonia, en la que todo era ideal y poético, dulce y aromatizado con el sacrosanto perfume de la virtud.

Alvareda tenía razón.

No era una pasión formal, verdadera, la de Alberto por Mundeta; era una dulce costumbre de verla, unida á esa fascinación que la belleza de una mujer doliente, melancólica y suave ejerce sobre la adolescencia poética, ardorosa é impresionable.

La imagen que al oír hablar de su partida se

apareció á Alberto, triste, desamparada y llorosa, fué la de María, y esta blanca imagen cubrió la enlutada de Mundeta.

—No temas por esta joven—prosiguió Alvareda;—es una débil hiedra, es verdad, pero yo soy el roble fuerte que la ampara. Y aunque por más poderoso que mi amparo sea, bastante poco le ha dejado el cielo, que sólo cuenta con él sobre la tierra, éste no le faltará. Ahora—añadió—vuelve al baile, hijo mío, y mañana saldrás para París.

Alberto, pálido y consternado, pero mudo, se inclinó delante de Mundeta, y salió haciendo un violento esfuerzo para contener sus lágrimas.

Apenas se hubo cerrado tras él la puerta, Mundeta tomó la mano de Alvareda y le dijo con una dolorosa timidez:

—¡Soy inocente, caballero! Nada he hecho para inspirarle cariño y...

—Lo sé, querida niña—respondió Alvareda;—era un mal inevitable, tratándose de un ángel de belleza como usted y de una cabeza ardiente como la de mi hijo; por eso le quiero alejar de aquí.

—¡Y su madre!—murmuró Mundeta;—¡y su pobre madre, que es ya tan infeliz!

—¡Eso es lo que me acongoja!—repuso sombríamente Alvareda.—¡A mí, que tan pocas cosas me apuran en el mundo! ¡Pero Luisa está muy mala! ¡Esa pena sorda que la atormenta va minando su existencia, y acabará por matarla!

Una ancha lágrima veló los grandes ojos de

Alvareda; luego tomó la mano de la joven, y le dijo con un acento doloroso y penetrante:

—¡Mundeta, hija mía! ¡Usted ha sido amaestrada en la escuela de la desgracia, y bien puedo decirle lo que hay en mi corazón! ¡Soy muy desgraciado, porque Luisa se muere y porque tengo yo la culpa en parte!

—¡Oh, no; usted se calumnia!—respondió el aya con una exaltación dolorosa.—¡Yo soy la causa de los pesares de esa infeliz señora, y yo también quien va á darle otro nuevo! ¿No fué por mi culpa por lo que se expatrió su hermano, aquel hermano á quien tanto amaba? ¿Y no es también por mí por quien pierde su hijo? ¡Porque... yo no sé lo que pasa en mi corazón!... Temo, sí, temo mucho que usted no deje volver por aquí á su hijo.

—¡Sí, Mundeta! Volverá así que yo le vea curado; pero ¡ay!, que entonces la madre, á quien aún deja hoy con vida, dormirá ya en su sepulcro.

—¡Quién sabe!

—¡Yo, Mundeta, yo lo sé! ¡Este fuerte roble no ha sabido amparar á esa hiedra débil que ha crecido sola y sin apoyo, y que ha sido destrozada por el primer huracán! Mundeta—prosiguió Alvareda, cogiendo la mano de la joven,—usted que es su única amiga, prométame ir á verla con la mayor frecuencia posible y á consolarla en su dolor.

—¡Se lo prometo á usted!—respondió el aya, al mismo tiempo que se abría la puerta para dar paso á María y Elvira, seguidas de su camarera, que iba á desnudarlas para acostarse.

Las niñas abrazaron á su tío y á su aya, y entraron en el gabinete que les servía de dormitorio.

Casi en el mismo instante se oyó el bullicio de los convidados que invadían el comedor, y Alvareda se despidió de Mundeta, que fué á acostarse también.

En la alcoba de las niñas había tres blancos lechos; el de en medio estaba ocupado por el aya, y en otro, á cada lado de aquél, dormían las dos hermanas. Luego que se retiró la camarera, el aya se arrodilló ante un reclinatorio, y vestida ya con su bata de noche, unió las manos y se puso en oración.

Poco después María y Elvira dormían con el sueño tranquilo de la infancia, y el aya rezaba como si hubiera sido el ángel de la guarda de aquellas dos criaturas, en tanto que el ruido de los platos del festín se mezclaba á las estrepitosas risas de los convidados.

## IV

## EL HURACÁN

Cerca de la aurora terminó el baile, y ya era muy de día cuando Alvareda y su hijo llegaron á la puerta de su casa de campo.

Á pesar de los rigores de la estación, Luisa no había querido dejarla aquel invierno para irse á vivir á Madrid.

El joven iba abatido y triste; al estrechar por última vez la mano de su prima creyó morir de dolor, y sin embargo, nada le había dicho de su cercana partida, deseando evitar algunas horas de pesar á la pobre niña.

Su padre iba meditabundo y grave; el hombre más desordenado, de menos preocupaciones, tiembla al oír agitarse sobre su cabeza las inmensas alas de ese ave negra y fatídica que se llama dolor.

Alvareda había sido calavera; pero se hallaba muy próximo á dejar de serlo.

Cuando llegaron á su casa, el silencio más absoluto reinaba en los alrededores; ya estaba la puerta abierta, y Juan, el jardinero, arreglaba unas plantas de boj recortado, única verdura que se veía.

Padre é hijo cruzaron el primer patio, entraron en el segundo y subieron silenciosamente la escalera, penetrando en la antecámara.